

BIBLIOTECA DEL DEPORTE



G. A.

M E S A

POR

J. Hernández Petit

Nº 2

EDICIONES ESPAÑA • MADRID



HERNANDEZ PETIT

Al unir nuestra cordialísima felicitación a las de la crítica y el público, Ediciones España se complace en rendir su homenaje al autor.

El próximo número,

ALONSO

En preparación:

Todas las grandes figuras del
deporte español

Si quiere usted recibir en su domicilio, sin aumento de precio alguno, cada volumen que aparezca de la BIBLIOTECA DEL DEPORTE, puede solicitarlo llamando al teléfono 52233, de *Ediciones España.*

BIBLIOTECA DEL DEPORTE

M E S A

P O R

J. HERNÁNDEZ PETIT

Número **2**

EDICIONES ESPAÑA

DUQUE DE SEXTO, 17

M A D R I D

ABRIL DE 1943

ES PROPIEDAD DE
EDICIONES ESPAÑA

Talleres gráficos "Marsiega".—M. Pelayo, 26.—Madrid

EL AUTOR HABLA AL PADRE

Mire usted, caballero:

Me dirijo a usted antes de que su mirada recorra las líneas de esta biografía, para hacerle unas reflexiones que juzgo oportunas y que me atrevo a esperar que usted no las sancione severamente.

Si tiene usted hijos, seguramente usted mismo se verá reflejado en el retrato que me he esforzado en reproducir. Don Diego Mesa López—recto, trabajador, noble, ¡un hombre si los hay!—es usted mismo. Usted, que, lo piense o lo diga, mira con ojos enemigos la pasión, la excesiva entrega con que Luisito—Juanito, Antoñito...—se da a todas horas al balón, en detrimento de sus planes para el futuro, que, sabiamente, se fundamentan en los libros actualmente.

Además, probablemente le preocupa la salud del chico. Está en la edad de la transición, y el excesivo deporte puede serle contraproducente.

Quizá tenga usted razón sobrada en mucho, pero no en todo de cuanto dice o piensa. Ahora bien, a rajatabla el deporte no es pernicioso, y le

aconsejo, si me lo permite, que no pretenda suprimirle en absoluto por una decisión impensada.

Son preferibles los consejos dichos en ocasiones propicias. Es menester, en todo caso, que no excluya la opinión médica.

Juventud y juventud española deben ser sinónimo de estudio y acción, cerebro y músculo, con el fin de perpetuarse, espiritual y físicamente, fuerte.

Si todavía sigue usted pensando que no tengo razón y usted sí, o que nadie me da vela en este entierro, yo seguiré también en mis trece. Con todo respeto, medite sobre la educación completa que deben recibir sus hijos. Yo, que he investigado en la vida de Pepe Mesa, que aun no se me han borrado los recuerdos de mi propia juventud y las confidencias de mis amigos de entonces, imparcialmente, sinceramente, porque sé la autoridad que tiene la letra de molde, afirmo que deporte es escuela de voluntad, de disciplina y de muchas otras virtudes que usted mismo para su hijo desea.

Lea con detención entre líneas. Lea, amigo mío. Yo soy un medio humilde, inepto, si usted quiere. Pero mi única disculpa y mi gran soberbia es la de ser español.

—Toma, Amparito, aquí tienes la fotografía dedicada de Mesa. No dirás que no cumplo pronto y bien todo lo que prometo.

—¿Es tan simpático como parece?

—Mira; los amigos siempre se eligen, si se eligen, por simpatía. Y ya sabes el grado de intimidad que nos une. Pero, ahora que caigo: ya podías darme las gracias. Creo que de haber para ti alguien verdaderamente simpático debía serlo yo, por haberte conseguido lo que tanto deseabas.

Amparito, rubia, chatilla, de piel blanca como el nácar, los ojos casi verdes casi azules, deliciosa, vestida con su uniforme azul-negro, al que sólo aliviaba la severidad el cuello blanco, se medio comió a besos a su tío Juan. ¡Poco que iba a presumir ella, ante sus amigas, con el retrato de Mesa, dedicado a *Tariri*, como familiarmente la llamaba su tío!

“Para *Tariri*, con todo afecto. Ya sé que eres capitán y defensa del equipo que en tu colegio es rival del Madrid. ¡Que seáis campeonas!”

Firmaba, José Mesa Suárez.

—Estupendo, imponente... ¡De miedo!...

Tariri escuchó a su tío Juan con los ojos muy abiertos.

—Realmente, vosotras sí que podéis ser campeonas de Liga...

—¡Tonto! ¿Lo ves? Si aunque quieras no puedes disimular que eres *merengue*.

—Amparito: no te metas con lo blanco, que en seguida se mancha—intervine yo.

Y, efectivamente, sin poderlo remediar, don Juan comenzó a hacer aspavientos y a resoplar con agitación, preludio de como yo le vi en el Estádium Metropolitano, cuando días atrás le conocí, al mismo tiempo que invocaba a Ipiña.

—¡No vuelvo por aquí!

—¡Como que vas a poderte pasar sin verme!... Espera.

Cuando pasados unos minutos regresó, toda sofocada y el cabello en desorden, nos explicó que había tenido que enseñar el retrato “de prisa y corriendo” a sus compañeras—aquí enumeró: las Puchol, Loli Valiente, María Teresa Escolano, Con-

POR HERNÁNDEZ PETIT



1935. La defensa del Atlético: Mesa, Mendaro.

chita Meana, María Rosa Goizueta, Isabelita Diego...—, porque, como sabía que las Madres no la iban a permitir que conservara la fotografía en el colegio, era mejor que se la llevara su tío hasta el verano, cuando la dieran las vacaciones.

Poco después nos despedíamos de Amparito. Una puerta pequeña de hierro pintada de verde nos separó de ella. Cuando ya caminábamos hacia Goya volvimos a oírla:

—¡Que no te olvides de darle las gracias a Mesa! ¡Y muchos besos para las primas!...

* * *

—La verdad es, don Juan, que no me explico su amistad íntima con Mesa siendo, como es, tan madridista.

—Lo cortés no quita lo valiente.

—Sí. Pero el otro día, a raíz de conocernos, me dijo usted que todos debíamos definirnos.

Para salir de las redes en que pretendía envolverle, el bueno de don Juan—que había ido a buscarme a la redacción del periódico—creyó encontrar “la llave” con esta frase, a su entender, inapelable:

—¡Es que Mesa es tan buen chico...! ¿Usted conoce su historia?

“¡Qué fácil es—me dije—llevarle a don Juan por el camino que uno quiere!”

* * *

—Son oriundos de las islas Afortunadas. Precisamente en la capital de Gran Canaria, en Las Palmas, conocí yo a su padre, jefe de Policía, abogado y procurador; ¡un hombre si los hay! Recto, trabajador, noble. ¡Todo un prócer don Diego Mesa López! Sólo tenía, a mi modo de ver, un defecto: le tenía sin cuidado el deporte... Con su dignísima esposa, doña Francisca Suárez, tuvo cinco hijos. A ver... El mayor, Diego—como su padre—, que ya es ingeniero y ahora está en la Jefatura Industrial, en Toledo; el segundo, Luis, que actúa de procurador en Las Palmas; las chicas, Conchita y Paquita, las dos casadas en Canarias, ya madres, la primera de niña y niño y la otra de sólo una niña, y Pepe, nuestro Pepe Mesa Suárez, el más pequeño, que, como por fuerza tiene que saber, es el capitán del Atlético Aviación. ¡Vea usted si los conozco!...

Vivían en mis tiempos—continuó don Juan—

en el centro de la capital, sin horizonte, sin el aire puro y vivificador que necesitan los niños. Esta era la causa de que el pequeño, José, hasta los quince años fuese la mismísima estampa del raquitismo. Pepito era un niño pequeño, pálido, con grandes ojeras y ojos de mirar apagado. Apenas sin sangre, sin músculos, esmirriado, tímido, siempre propenso a resfriarse... Lo que se dice una lástima.

Y encima, los estudios: el Bachiller. Yo no sé si sus profesores y sus amigos tenían ingenio o si reparaban siquiera en él. De otra forma, de por sí, él solo hubiera dado nombre a todos: el bachiller de la muerte...

Yo, que siempre tanto he querido a la familia, cada vez que le veía y hablaba después con don Diego, le decía:

—Amigo mío, hay que mudarse a la playa. El Instituto Pérez Galdós acaba con Pepito.

—¿Usted cree, don Juan? Si no hay quien le haga estudiar ni para un remedio.

—Pero aunque es un “arpa”, me he enterado de que juega de medio centro, o de medio derecha. Yo no sé cómo puede darle patadas a los balones sin desinflarlos. Se conoce que las agujas son de buen acero.

Procuraba echar la cosa a broma, pero constantemente remachaba el clavo de la mudanza. Hasta que don Diego decidió un día trasladarse con toda la familia a vivir al puerto, de cara al mar. Al mismo tiempo llamó a Pepito y le echó una filípica que fué casi un mitin. Yo estaba delante y oí esto que, sobre poco más o menos, le voy a repetir:

—Mira, hijo. Conmigo tienes que reconocer que tú no estás para juegos, y, en cambio, que tienes que aplicarte. Se tienen que acabar a un tiempo tu falta de aplicación, las malas notas y los balones. Los libros son los que tienen que entrarte en la cabeza. Es una barbaridad que te empeñes en estrellártela a diario contra esos pelotones tremendos... A mí no me vengas con esas mandangas de que si el deporte te hará fuerte y te dará salud... ¡Pamplinas!... Mírame a mí, que el calzado siempre me ha servido tan sólo para andar y la cabeza para pensar cómo podría daros una educación a todos vosotros. Con relación al día de mañana, algo así es lo que tienes que pensar tú. Debes de aprender de tus hermanos... Ahora te contrariará todo esto que te digo. Pero más adelante, cuando seas mayor, me lo agradecerás. Por cierto que tú ya eres casi un hombre—¡la verdad es que cual-



Barcelona.—Los capitanes del Atlético Aviación y del Español se estrechan las manos a presencia del árbitro Sr. Tamarit.

quiera lo diría viéndole hecho una angula!—y tienes que poner cimientos para la casa que, andando el tiempo, te tocará edificar... Ahora, vete—concluyó—y piensa bien en lo que voy a decirte: con el deporte no se come.

Es muy posible que don Diego, como todos los padres en iguales circunstancias, aunque no lo dijera en voz alta, pensase: “¡Hay que ver lo bien que he estado! Lo he bordado... ¡Estos hijos...!” Pero yo—prosiguió don Juan—, que me había enterado de la chifladura del niño por el balón...

Le interrumpí:

—¡Don Juan! ¿Chifladura el balón?...

—Por única vez, entonces me pareció chifladura, al contemplar lo “bacalao de Escocia” que era el muchacho. Aceite de hígado de bacalao es lo que necesitaba, a mi juicio, en grandes dosis, para que no se fuera del mundo de los vivos.

Pero hasta yo me equivocaba de medio a medio, y, por supuesto, más su padre. Ni Pepito cogió los libros mas que encorajinado, para emprenderla a patadas con ellos, ni dejó que se enfriase su afición al fútbol, ni se murió en un suspiro, como un jilguero, que era lo que todos presagiábamos.

Vi un buen día, con la natural sorpresa, que

sus cuatro palillos comenzaban a tomar forma de brazos y de piernas. Observé que el ozono del mar, el sol y el ejercicio le daban apariencia humana, y el 6 de enero de 1932 le hubiera comprado de muy buena gana un balón o media docena, si no hubiera temido enemistarme muy de veras con mi buen don Diego. Y es, querido, que el deporte es una maravilla. ¡Hace hombres, como el cuartel soldados!

En una ocasión no pude menos de reírme a solas con todas mis ganas. Sin que Pepito me viera ni sospechara que le oía, decía a uno de sus hermanos mayores:

—Nos hemos federado, y en adelante jugaremos contra los de tercera categoría. ¡Ahora sí que vamos a ser gente! Jugaremos contra el Racing, el Rehoyano, la Gimnástica...

Y como si estuviera destinado a ser el diario del gran Mesa de hoy, un año más tarde, durante el 33, volví a oír de sus labios:

—Acabamos de pasarnos al “Porteño”.

Este equipo—como todos los de puerto en las ciudades marineras—estaba en franca pugna con el de la ciudad. Algo así como... ¿cuál le diré yo?... Como el Arenas de Guecho con el Athletic

de Bilbao... ¡Hace falta!—añadió don Juan al observar mi sonrisa—. Es noble competencia y el beneficiado es el mismo deporte. Si no hubiera sido por las eternas rivalidades: Lagartijo y Frascuelo, Machaco y Pastor, José y Juan, Manolete y Pepe Luis, Antoñito y Morenito, el Madrid y el Athletic, el Español y el Barcelona, el Sevilla y el Betis, etcétera, etc., ídem, eadem, ídem..., toros y fútbol, fútbol y toros, ¡R. I. P! ¡Se lo digo yo, que de esto entiendo!

Pero volvamos a lo nuestro. Sigo con la historia de Mesa.

El “Porteño” quedó aquel año 1933 campeón de su categoría. Recuerdo que alcanzaron a jugar con el “Victoria”, que entonces era campeón de Canarias.

Y a don Diego, mientras, ¡llevándosele los demonios! De aquella especie de locura por la “barbaridad del fútbol, que deja a los hombres medio en paños menores y hace que se acometan como alimañas por el afán de meter una pelota de cuero entre tres palos mientras la muchedumbre ruge”, ¡no podía salir nada bueno para su Pepe! Su Pepe, que, ni que decir tiene, le hacía *fu* al francés, al latín, al álgebra y a la química, por la sencilla

razón de que el fútbol era la única y constante preocupación de su vida.

* * *

Amigo, y buen amigo, de la familia Mesa, y por conocer que Pepe iba a trasladarse a Madrid para cursar sus estudios de perito agrícola, el señor Isasi, apasionado del Athletic de Madrid, gran aficionado y en estrecha relación con la junta del *club* "colchonero" de aquella época, propuso a Mesa algo que a poco le vuelve loco de alegría. De buenas a primeras le dijo:

—¿Te gustaría jugar en el Athletic de Madrid?...

Eran los primeros días del mes de octubre de 1934.

Vigo fué la primera ciudad de la Península que conoció Pepe Mesa. Apenas se enteró mas que de que la ciudad tenía unas calles muy pinas. Su afán era llegar cuanto antes a Madrid. Durante las horas que le faltaban, antes de salir para la capital de España, paseándose, simultaneaba sus afanes de notoriedad y de gloria con el recuerdo de la



1939-1940. Todos los jugadores del Atlético Aviación con Ricardo Zamora.

familia y con el de la novia que en las Islas dejó. ¿Qué otra cosa podía pensar aquel mozalbete de diecinueve años, aun sin formar, más bien delgado y totalmente infantil en su raciocinio?

Al fin arrancó el tren, y a poco comenzó para Pepe un verdadero calvario. Le dolía el pie. En la playa, días atrás, se había hecho una pequeña herida, que pareció no tener la menor importancia. La falta de asepsia durante el viaje hizo que se infectase y entonces de hora en hora, aumentaban los dolores hasta hacerse materialmente insufribles. Además, ¿qué le ocurriría al tren, que llevaba parado en Monforte tal número de horas?

—En Asturias ha estallado la revolución...

—Bueno, ¿y qué?...

Su ingenua pregunta no pudo por menos de hacer sonreír al buen señor que le notificó la causa de aquel grave trastorno, de aquel retraso que Dios sabía hasta cuándo podría prolongarse. Nada entendió Pepe de todo aquello que comenzó a suceder a su alrededor: ni las constantes preguntas, ni las correrías por el pasillo del tren, ni el sobresalto continuo, ni las lágrimas y jipíos de dos señoritas solteras de más de setenta años, que continuamente preguntaban al Creador qué iba a ser de ellas...

Pepe se hallaba “hecho polvo”, medio muerto de dolores en el pie, sucio, insomne, preocupado, e incluso acongojado y miedoso, como niño que era, cuando al final de cuatro días de dantesco viaje llegó a Madrid.

No, no era posible que los demás viajeros se preocuparan de él—¡bastante tenían con ocuparse de sí mismos!—, y él a nadie pidió la menor ayuda. Como un espectro, ya casi habituado a las punzadas horribles que en el pie continuamente le aquejaban—¡hasta al dolor se acostumbra uno!—, veía, mustio, los andenes y la estación del Norte desiertos y aguardaba tan sólo a que la Divina Providencia se acordara de él. Dios oyó sus súplicas, y aquel hombre renqueante a quien le contó infantilmente “su caso”, sus dolores, sus angustias, sus privaciones, se apiadó de él, y por dos duros de los que botaban sobre madera, piedra o mármol se comprometió a trasladarle, sobre un carro de equipaje, a Olózaga, 2, la pensión que en lo sucesivo había de ser su casa.

¡Madrid! La Meca de España, la ciudad que en sueños tantas veces pensó conquistar con sus proezas de futbolista puntero, apenas mereció mas que algunas miradas llenas de grandes temores. El la

imaginó siempre alegre, tranquila, bulliciosa por el continuo ir y venir de las gentes y de los vehículos, rutilante de anuncios... Y se le presentó hosca, vacía, silenciosa... El mayor ruido, casi el único ruido, le producía su carromato al chirriar sobre el asfalto o sobre el empedrado. El hombre encorvado que entre varas tiraba, a él mismo le daba la impresión de suplicio que nos causan los animales de tiro cuando en ellos fijamos nuestros ojos durante largo tiempo.

La calle de Alcalá, ¿había pasado por ella?... La Cibeles: ¿pues no decían que forzosamente tenía que verla?... Y Recoletos, ¿sería aquel ancho paseo desierto, con una larga, interminable fila de sillas férreas, que vacías eran la exacta expresión del frío que en su alma sentía? Apenas entrevió a Colón, abanderado, lejos, sobre su alto pedestal. ¿Que habían llegado?... Volvió el pie a acusar su sensibilidad e intemperancia y le sonó a cascabeles el acento de los huéspedes, ¡todos canarios!: Agustín Miranda y sus tres hermanos; Diego Figueroa, entonces cadete y hoy bizarro capitán de nuestra gloriosa Infantería... Con éste y con la ayuda de dos bastones, por impaciencia, pese a las circunstancias, Pepe llegó a la calle Mayor, a los locales del *club*, donde Mesa era espe-

rado como aguardan los labradores el agua del cielo tras un período de larga sequía.

Arriba, el conserje preguntó:

—¿A quién anuncio?

—Diga usted que ha llegado Mesa—contestó el corpulento y vigoroso cadete.

Desapareció presuroso el portero, para anunciar en el interior que al fin había llegado el defensa canario, de quien tantas ponderaciones escribió el señor Isasi. Momentáneamente, por diversas circunstancias, el Athletic se hallaba apurado y en crisis de defensas. Así se explica que saliera sin pausa el delegado del *club* a recibirle, con amplia sonrisa y con los brazos abiertos.

—¡Mesa! ¡Usted, al fin!...

—Perdón, caballero, Mesa es mi amigo—dijo Diego Figueroa.

Y confuso, vió Mesa el auténtico que era mirado de arriba abajo. Leyó en los ojos de aquel señor la decepción y la duda. Realmente, lisiado y esquelético, había motivo para que el del Athletic pensara que aquellos dos individuos le estaban gastando una broma pesada.

* * *

POR HERNÁNDEZ PETTI



1940. Mesa y su mejor obra.

Dos meses de cama, de dolores, de temor, incluso a perder la pierna, pues hubo días en que Mesa se notó insensibles los dedos del pie herido... En una ocasión, metido en la cama, solo en su cuarto, con ayuda de un espejo se observó la herida, situada en la planta del pie, y quedó aterrado. Le cabía en ella “un encendedor de buen tamaño”. Señor, ¡quién le mandó a él, por precipitación, ponerse en aquellas manos inexpertas que le desgarraron los tejidos y hasta le cauterizaron los nervios!...

Juanito Touzón fué quien le recomendó a su cuñado Hernando, célebre callista, que le sometió a una cura benéfica. Y pocos días después acabó triunfante la agradecida y juvenil naturaleza del canario.

Así, satisfechísimo, Mesa—ya para siempre se llamaría Mesa—comenzaba sus entrenamientos. Y un buen día, cedido por el Athletic, jugó con el Madrid un partido amistoso contra el Barcelona. Ni siquiera jugó todo el partido. El trío defensivo lo formaban Zamora, Ciriaco y Quincoces. Hasta el segundo tiempo Mesa no pasó a sustituir al maravilloso Ciriaco.

¡Qué impresión la de Mesa cuando escuchó el pito del árbitro y miró a sus otros dos compañeros

de la zaga! ¡Jugar en Madrid!... ¡Zamora!... ¡Quesada!... ¡Ciriaco!... ¡Madrid!... Después, ¡qué cortas se le hicieron las noches, aun despierto en la cama, soñando siempre!... ¡Zamora! ¡Quesada!...

Cuando se vió tomando parte activa en el juego—todavía flaco y paliducho—el marcador señalaba empate a un tanto. Desde entonces, mientras el marcador del Barcelona aparecía inalterable, el Madrid logró cuatro tantos más. Sólo una o dos veces Mesa tuvo ocasión de tocar con sus botas el balón. Sin la menor exageración puede decirse que todo el tiempo se jugó en el campo contrario. Por eso se quedó Mesa muy “mosca” cuando, en vista del resultado final, un jugador del Madrid le dijo muy serio:

—¡Qué tío!... Sólo cuando tú comenzaste a jugar empezó a funcionar el marcador en serio...

Empezó a jugar Mesa en el Athletic, su equipo, cuando durante la temporada 35-36 finalizaba la Liga. Su primer partido se desenvolvió en Madrid y fué contra el Barcelona, durante una tarde madrileña torrencial, en que, a pesar de lo desapacible

del tiempo, había casi lleno de espectadores. Perdió el Athletic (3-2), y Mesa, para el público y la crítica, pasó sin pena ni gloria.

También durante esta temporada fué seleccionado por "Castilla" contra el "Sunderland", equipo campeón de la Liga en Inglaterra, que llegó a España con el exclusivo objeto de entrenar a nuestra selección antes de su encuentro con Italia. Tan buen equipo era, que ganó todos los partidos que jugó en nuestro país. Mesa en aquel mencionado primer encuentro, durante el que la selección de Castilla perdió (3-2), fué elogiado en sus respectivas crónicas por Zamora y Samitier, llamó fuertemente la atención de los ingleses, y sin duda su actuación fué una de las mejores de toda su vida profesional hasta la fecha.

He aquí el equipo que en aquella ocasión representó a Castilla:

Pacheco

Mesa Quesada

Gabilondo Marculeta Ipiña

Lazcano Arocha Elicegui Chacho Emilin

Continuó Mesa con notables actuaciones duran-

te el resto de la temporada, y el año 36, en que jugó sin estridencias, ni para bien ni para mal, el Athletic descendió durante la Liga a segunda categoría. Con un equipo que entre otros jugadores de primera fila contaba con los siguientes, que antes o después han sido internacionales notabilísimos: Marculeta, Lafuente, Arocha, Ipiña, Chacho y Elicegui.

Véase cómo el exceso de jugadores de talla—al igual que el defecto—puede grandemente perjudicar a un *club*. El Athletic entonces tenía cuarenta y tantos jugadores, “figuras” en su gran mayoría. La falta de homogeneidad, de compenetración; la diferencia constante de hombres para formar el once más o menos definitivo del Athletic; las dudas, las pruebas, los ensayos y mil otros factores que no deben aquí mencionarse, lograron aquella desoladora e innecesaria verdad, que no pudieron evitar ni el sólido prestigio, ni los hombres rectores, ni aquel famoso e inteligentísimo entrenador por nombre Mr. Pethland, de grata memoria para todo buen jugador de aquellos tiempos. No, no tuvieron la culpa tampoco ni Chacho al fallar contra el Sevilla un *penalty*—en lo que era especialista—, ni Ipiña con el resbalón inoportuno de su



Abril 1940. Mesa, rodeado de las personalidades, con ocasión de haber ganado el primer campeonato de Liga. Destacan entre ellas los generales Moscardó y Sáez de Buruaga y el alcalde de Madrid.

pie, que ya hemos relatado en la anterior biografía de nuestra BIBLIOTECA DEL DEPORTE.

Comenzaba la segunda decena del mes de julio de 1936 cuando Mesa, en periodo de vacaciones estivales, llegó a Canarias, creo—dudó don Juan—que en el *Ciudad de Sevilla*.

Veintiún años había cumplido en el mes de marzo, el día 30. Cuando sonó el grito de guerra. Cuando el 18 de julio se hizo fecha con orla en la historia de España, Mesa dijo en su casa:

—Creo que nos van a movilizar. Es igual; yo, como sea, mañana seré soldado.

Ingresó en el Grupo Mixto de Artillería número 3. Y cuando se formó la división 151 de voluntarios, ya con los galones de cabo en sus bocamangas, embarcó en el *Marqués de Comillas* rumbo a la Península.

De Cádiz pasó a Segovia, a formar en la 54 división. En ésta Mesa tuvo la grata sorpresa de encontrarse, también vestidos de uniforme, a sus compañeros de profesión: a Elicegui, que servía en ametralladoras, y a Arocha, que murió en la carretera de Balaguer, perseguido por un caza cuando viajaba en un camión, y de resultas de una

bomba de mano arrojada desde el mismo, que le desangró por completo antes de que hasta él llegase el botiquín de socorro.

Para Mesa fueron etapas de soldado Zaragoza, Teruel, ruptura del frente de Cataluña y cabeza de puente de Balaguer. En ésta, por reclamarle sus padres—acogiéndose a la ley que desmovilizaba a uno por cada tres hermanos que sirviesen con las armas—, forzado por sus hermanos, regresó a Canarias.

Mesa contrae matrimonio.

No obstante, en las calles de Canarias, que se ha dado a la guerra como un solo hombre, a los dos meses, a pesar de la tranquilidad y de las comodidades que el recién formado hogar le brindaba, ya del todo transformado en un hombre vigoroso y hercúleo, decide incorporarse a las filas del ejército de Franco, de nuevo voluntariamente, a despecho de su propia felicidad.

Llega a Zaragoza, y ante Paco Salamanca, jefe del equipo Aviación durante la guerra y hoy secretario del Atlético Aviación, ésta es su frase:

—¡A sus órdenes!

—¡Hombre, llegas a tiempo!...

Nace entonces aquel equipo, y con Mesa forman Guillermo, Germán, Machín, Vázquez, Sañu-

do, Aparicio y otros conocidos y popularísimos jugadores.

En un batallón de Infantería cerca de Zaragoza hay un jugador, desconocido en España entonces, popular en Canarias: Campos. Mesa va a buscarle y le incorpora a su equipo, por conocer de sobra sus características de gran jugador.

Y siempre contra equipos militares, durante el resto de la guerra, juega el Aviación la primera Copa de S. E. el Generalísimo.

En la semifinal fué el Sevilla—campeón en el campo de Montjuich contra El Ferrol (4-1)—quien eliminó al Aviación.

Madrid. Ha terminado la guerra.

Es entonces cuando se funden el Athletic madrileño y el nuevo equipo, el Aviación. Los dos nombres forman uno solo: el Atlético Aviación, que es solera y relajo, juventud y experiencia. Brío, disciplina, entusiasmo y fe. Deporte español en toda la extensión de la palabra.

Para los demás equipos con abolengo el Atlético Aviación es un nuevo compañero y un dignísimo rival.

Como con anterioridad a la iniciación de la guerra habían bajado a Segunda División el Athletic y el Osasuna y existía una sola plaza a cubrir en la Primera División, en Valencia neutral, en el campo de Mestalla, totalmente abarrotado de público correcto, entusiasta e imparcial, se jugó el ascenso a un solo partido.

Todos, los veintidós jugaron un fútbol verdad: varonil, impetuoso, arrogante, duro, noble. Y por 3-1, con este velatorio de armas digno de todo un



1940. Mesa con su equipo, el Atlético Aviación.

caballero, el equipo entra en torneo, en lid, por la puerta grande de la España deportiva.

Atlético Aviación es sinónimo de soldado y caballero.

El capitán es Mesa.

* * *

Como es sabido, durante la temporada 39-40, en el Campeonato Regional se enfrentaron por primera vez el Atlético Aviación y el Real Madrid. Se solucionó el partido a favor del primero.

Al año siguiente—después de haber tenido durante la guerra una niña muerta, también la madre estuvo gravemente enferma—Mesa pasó por la gran alegría de saberse padre de otra niña, a la que se puso de nombre Conchita.

A primeros de noviembre va en cabeza de la clasificación liguera el Atlético Aviación.

Los jugadores se encuentran en Vigo y juegan todos un partido espléndido. En el marcador se refleja la verdadera exhibición de los “colchoneiros” con un 2-0. Nunca los gallegos aplaudieron tanto a sus visitantes los madrileños.

Faltaban cuatro minutos para que el árbitro tocase el pitido final—le iban a comunicar que

Eduardo Teus le había seleccionado internacional contra Suiza—, cuando le llegó a Mesa una pelota franca. De volea, el defensa pretendió echarla fuera del campo, pues lo que a estas alturas deseaba el Atlético era ganar tiempo. Impensadamente surgió un encontronazo con Roig, y Mesa, en el suelo, pretendió inútilmente levantarse: sufría la total rotura de la tibia y el peroné por el tercio medio.

Mesa vió que materialmente le colgaba el pie.

. . .

—¿Ve usted?—añadió don Juan—. Esa cara de desagrado que pone no excluye el interés que seguramente usted siente.

Efectivamente, pregunté yo:

—¿Cómo reaccionan los futbolistas, cómo en general la naturaleza humana en casos como este de Mesa?

—Verá usted. Por cinco casos que me he encontrado en la vida, a más de éste, individuales todos menos uno, quizá pueda aportar alguna luz. Tanto un obrero ferroviario, cuyo nombre no recuerdo, que tuvo la desgracia de que el tren le seccionara las dos piernas; como Antonio Roldán Ramírez, a quien al iniciarse la Cruzada—le valió



POR HERNÁNDEZ PETIT

1941. Entrega del óleo de Spilse a Mesa durante su convalecencia. Concurrentes al acto.

el honor de llamarse el Caballero Mutilado de Guerra por la Patria número 1—una bala de obús le seccionó ambos brazos; como José Zapatero González—éste y el anterior en posesión de la Cruz laureada de San Fernando—, que fué aquel muchacho burgalés que levantó del suelo su brazo perdido en el combate, y como si fuera una bandera cargó contra el enemigo al grito de “¡Adelante, San Marcial!”; como una veintena de personas que en un amanecer madrileño—allá por el 32 ó el 33—, cuando llegaba el ascensor del “Metro” de la Red de San Luis a la altura de la Gran Vía se precipitó sin freno hasta el fondo, ocasionando a todos sus ocupantes la fractura de ambas piernas, caso doloroso, tristísimo, que yo excepcionalmente presencié; al igual que Mesa, en todos vi que en los primeros momentos no se quejaban de dolor, ni siquiera los de la catástrofe del *Metro*, que gritaban horrorizados, y que poco a poco, al enfriarse sus lesiones, lo hacían de muy distinta manera, cuando ya eran el centro y eje de toda su sensibilidad; todos, al principio, repito, no se quejaban de dolor.

Mesa lo explicaba perfectamente. Al principio quiso levantarse. Luego no había dolor. Después creyó “que la cosa” no tenía importancia. Se so-

bresaltó al cogerse el pie y ver el movimiento, sin conexión los huesos de la pierna, y entonces, por muy lógica reacción humana, a poco o sin poco, perdió el sentido.

Fué al recobrarle cuando el dolor invadió todo su organismo. Y no se incrementó, no se agudizó, ya que fué él mismo—después de la cura provisional, entablillada la pierna—quien no admitió que le contrariasen en su deseo imperioso de llegar cuanto antes a Madrid.

Yo quisiera—continuó don Juan—aclararle que Roig no tuvo culpa alguna. Fué “un accidente” desgraciado. Como el que le aconteció al ferroviario; como los otros. Pero quisiera también decir, y que esto llegase a todo deportista español, que así como es viril el fútbol que se practica duro, impetuoso, arrogante, siempre que se juegue con corrección, de frente, el vulnerar las reglas deportivas es innoble, y esta sola palabra suprime de un golpe toda idea de deportividad, que a su vez lo es de señorío, de caballerosidad.

Una lesión, grave o leve, por accidente es triste. Y el primer atribulado es siempre el que la origina.

Un accidente por brutalidad es reprochable por

todos conceptos, y en deporte merece la expulsión sin contemplaciones y definitiva.

Ahora vamos a ver lo que, acongojado, pensaba al principio, deseoso de noticias, mi amigo don Diego, allá en Canarias —continuó don Juan—. “Sí, mujer. Toma el avión, vete y tenme al corriente...”

Y cuando se marchó su nobilísima esposa, concentrado, fijos los ojos en nada, se hizo estas reflexiones: “Lo dicho: esto del deporte no conduce a nada bueno. Yo me hacía lenguas porque mi Pepe había logrado un digno medio de vida inusitado; porque sobresalía; porque se había hecho un hombre fuerte, rebotante de salud. Y ahora, qué, ¿para qué nos ha servido, a mí, la tranquilidad y el placer de verle situado en la vida, y a él, la confianza en el porvenir, la popularidad y el aprecio de las gentes que le conocen?”

Poco a poco volvió a don Diego la tranquilidad, ¡y hasta la fe en el deporte!, cuando supo detalles: que la cura general había sido en el botiquín del club; que habían intervenido en ella los competentísimos doctores comandante de Aviación Gañizábal y don José Bravo, médico de la Federación Nacional de Fútbol; que con su Pepe todos—la Federación, los médicos, los compañe-

ros—se portaron admirablemente, cariñosos, insuperables amigos. Y que toda la España deportiva se interesaba en su dolor.

* * *

Después de media hora de cura con anestesia local, escayolada la pierna, libre Mesa del “miedo de los nervios”, regresó a casa por sus propios medios. Apoyándose en sus bastones, en lo sucesivo, hizo del todo su *vida*, que para alcanzar por completo el calificativo de normal sólo necesitaba lo imposible: el balón.

Todos se esforzaban por distraerle, y los agasajos menudearon constantemente. Luis García Spilse le hizo un retrato al óleo. Y en *Gaviria*, “su otra casa”, por íntima y antigua amistad con Fernando, *el gran simpático*, su dueño, un día le obsequiaron con un vino de honor—precisamente donde le fué entregado el cuadro de García Spilse—, en el que, a más del agasajado y el pintor, también estuvieron presentes, que recordemos—y séanme perdonadas las omisiones, dijo don Juan—, Ricardo Zamora, Eduardo Teus, Manolo Fernández Cuesta, Fernando Gaviria, Rienzi, Julio Cuetto, *Juan Deportista*, *Gilera*, Alcaraz, *Flecha Dora-*



Pepe Mesa en una de sus recientes entradas características.

da, Cesáreo González, la Directiva del Atlético Aviación y otros muchos amigos.

Durante nueve meses, ¡nada de deporte!...

Al cabo de ellos, el comandante Gañizábal, armado con sus grandes tijeras, procedió a quitar la escayola, y apareció una pierna delgadísima, consecuencia natural de la atrofia muscular.

La lesión estaba totalmente curada. Mesa se pasaba los dedos por ella, y sólo notaba como una dureza, como un callo interno.

—¡Anda!...

Mesa lo hizo igual que los niños en sus primeros pasos. Obligaba a trabajar a la perezosa articulación, y aun le molestaba el vendaje de cola de cinc, los bastones e incluso la zapatilla.

Un día le vimos con un solo bastón, y al cabo de otro mes y medio, libres las manos.

Con sólo andar, la pierna, paulatinamente, iba recobrando la forma y elasticidad perdidas. El sol de Vallecas y el ejercicio muscular, cada vez más activo, recuperaron la normalidad total.

Pero, al contrario que en su niñez, Mesa se había convertido en un hombre gordo. Y tanto por esto como porque el médico dió permiso al entrenador para que comenzase a actuar, llegó una

ocasión en que se reinició el entrenamiento de Mesa.

* * *

—¿Usted sabe cómo se recupera todo futbolista convaleciente por esta clase de lesiones?

—Yo no, don Juan.

—Primero se les entrega, “para que jueguen”, un balón flojo, con poco aire...

Daba risa ver cómo la Directiva, el entrenador, los jugadores—al igual que los papás, los tíos y la familia en pleno—miraban las “pataditas” que Mesa daba a la pelota. También, igual que un niño, en el fondo con un poco de amargura, veía Mesa que poco a poco volvía a soltarse, a correr, y, a base de una voluntad férrea—que el que algo quiere *mucho* le cuesta—, al fin recuperó su “forma” perdida y su optimismo.

En el verano de aquella misma temporada—41 a 42—, el Atlético Aviación realizó una excursión a Canarias. Allí jugó Mesa el primer partido después de su lesión, a presencia de sus paisanos y, lo que era más, de su mujer, su niña... ¡y su padre!, que pronto sintió unas ganas locas de aplau-

dir y no se atrevió a hacerlo porque le pareció que todo el mundo estaba pendiente de él.

Ganó el Atlético Aviación, que jugó admirablemente, y Mesa hizo un magnífico partido, recuperado totalmente.

En las Islas jugaron varios partidos más, y el equipo regresó a la Península, quedándose Mesa allí para disfrutar sus vacaciones veraniegas.

—¿Qué te parece, papá?

—Asombrado estoy, hijo mío. Creía que el fútbol—el deporte—iba a ser tu perdición, y no tengo más remedio que reconocer que es tu porvenir... Y a mí, la verdad..., me gusta. Claro que no son mucho tus mil pesetas mensuales y las quinientas que ganas como empleado del ministerio del Aire. Como están las cosas, ¡ya puedes darte prisa a hacer seguros entre tantas amistades como tienes!...

42-43

Ha terminado el verano y ha comenzado la siguiente temporada.

En el mismo campo de Balaidos, contra el mismo equipo, el Celta, también en el descanso em-

patados a uno, durante el segundo tiempo y exactamente en el mismo lugar, contra del Pino, y también, ¡son casualidades!, contra Roig, Mesa sufre un pisotón, y de resultas del esfuerzo que realiza, ¡otra lesión!: rotura muscular en el muslo derecho.

La diatermia... Y a los tres meses, por precipitación, en un afán de poder prestar su colaboración al equipo contra el Betis, Mesa jugó un partido en que le vimos gordo, pesadote.

—Nada—termina don Juan—. Ahora a Mesa le hace falta un entrenamiento duro.

Estábamos en el barrio de Salamanca y nos encontramos a Pedro Barrera, gran artista y valiente matador de toros, como pregonan las grandes heridas que ha padecido en las piernas. Precisamente se encaminaba a casa de Mesa, y aprovechamos la ocasión para interrogarle:

—Veamos, Barrera. ¿Son incompatibles los toros y el fútbol?

Me contestó con otra pregunta:

—¿Lo somos Mesa y yo?...—Después agregó—: De mí sé decir que, esté donde esté, si no hay toros, voy al fútbol.

—Y ¿entre una novillada sin importancia y un partido de verdadero interés, qué eliges?

POR HERNÁNDEZ PETIT



Partido homenaje a Quincoces.—Mesa, Zamora, Riera.

—La novillada.

—¿Has llegado a entender?

—De toros, no sé... Es el público quien tiene la palabra. De fútbol, desde luego, sin presunción, entiendo tanto como el que más. Tanto, que, ahora que no ha empezado la Copa—sosteníamos nuestra conversación el día 8 de abril de 1943—, yo puedo asegurar que el campeón copero de este año será el Barcelona. Su delantera es la más completa de España, y su equipo, a mi modo de ver, el mejor.

—¿Y entre los jugadores?

—Sin duda, Alonso. Fíjate que cuando él avanza con el balón las pasa siempre moradas el equipo contrario. Y luego, ese pase suyo rasero, preciso... Como diciendo al entregar: "Toma; no tienes mas que empujar el balón y haces gol".

Habíamos llegado a casa de Mesa, y, gritándole, logramos hacer que parase el motor de su motocicleta, que ya arrancaba veloz. Mis preguntas continué haciéndoselas a él:

—¿Desde cuándo eres el capitán del Atlético Aviación?

—Desde que, terminada la guerra, ingresamos en Primera división.

—¿Por qué lo fuiste?

—Por decisión de Ricardo.

—¿Qué te parece tu entrenador? Sinceramente. Sin coba...

—Pues, de verdad, no puedo decir de él mas que alabanzas. Como jugador, porque fué el que dió más prestigio al equipo de España; como amigo, porque lo somos íntimos, y como entrenador, por acatamiento gustoso y porque siempre acierta en la conveniencia de cuanto a cada uno de nosotros nos aconseja. Es como un padre para todos, o—por si le molesta—como un hermano mayor.

—¿Tienes amigos deportistas fuera de tu profesión?

—Sí, y grandes. Espérate que piense nombres: Ara, Peiró, Rafaelillo, ¡este pelmazo!—señalaba a Barrera—, Pepe y Antoñito Benvenida, Escudero y Parrao, Jesús Abrego, Carretero...

—¿Y sientes admiración por tus compañeros?

—Claro. En primer lugar, por Alonso...

(Barrera me da con el codo y me guiña con aire de suficiencia.)

—¿Cuál es tu contrario más difícil de marcar?

—Martín.

—¿Por qué?

—Por su juego. A mi juicio, es el mejor en su puesto. Y el más limpio y valiente.



28-IV-1940. El equipo campeón de Liga, capitaneado* por Mesa. (Fotografía dedicada a Mesa por Ricardo Zamora.)

—¿Entonces, es él el que más te llama la atención?

—Eso es otra cosa. Ahí tengo yo a Machín. Bueno, y a Germán, al que “hay que echar de comer aparte”.

—Y entre los de ayer y hoy, ¿cuáles son los mejores?

—Luis Regueiro y Quincoces.

—¿El de más porvenir?

—Epi. Además de estar consagrado es promesa. También “hay que echar de comer aparte” a Panizo. Y ¡no quiero decir a Campitos!...

—De los porteros, ¿hay quien se asemeje a Zamora?

—Martorell me le recuerda con su tranquilidad y por su gran personalidad cuando actúa.

—¿Hay en este puesto alguna promesa?

—Una y muy grande: Acuña.

—¿Qué te parecen Oveja y Teruel?

—Desde luego, mejores que yo. Ni hablar...

—¿Cuál, según tú, es la línea media más completa?

—La del Atlético Aviación.

—¿Y si te obligaran a elegir la mejor delante de España?

—Daría ésta: Epi, Panizo, Martín, Campitos y Emilín.

—Don Juan, ¿qué pasó con Amparito y sus compañeras de colegio?

—Mi sobrina; mi sobrina es un caso... Ahora quiere una fotografía dedicada de Miguel Ligeró. También las quiere de Rufino Inglés, Mary Santamaría, Pastora Peña y Pepe Bienvenida, Fernando Fernández de Córdoba, Roberto Rey, Julio Peña, Pepe Nieto, Pilar Soler, Antoñito Casal, Eusebio Librero, Pepe Menjibar, Raúl Bretonel, Miguel del Castillo, Luis Peña y... hasta de la *Tórtola de Valencia*...

J. Fernández Delgado

EL AUTOR HABLA AL HIJO

—Oye, chaval:

Yo sé que, por si te faltaba algo, con estas biografías que yo escribo de tus favoritos va a fal-

tarte poco para que no termines “del todo” por el balón. Ahora (te guiño), ¡mira cómo se me ha quedado este ojo, del sol! ¿No sabes lo que te quiero decir? Pues es bien fácil: que antes he hablado con tu padre... ¡Sí, hombre, sí!... Y le he dicho que no sea pelmazo; que te deje dar todas las patadas que tú quieras a los botes que te encuentres en tu camino, a las pelotas de papel con cuerdas, que siempre se desatan, o al balón que te echaron los Reyes y con el que tú mismo eres un rey entre los de la pandilla del barrio...

¿Que si me he atrevido? Tú apenas me conoces, aunque somos grandes amigos de verdad. Mira; cuando se trata de defenderte, yo me pongo en cola y me salto puestos.

Por esto, porque somos amigos íntimos tú y yo, ahora que estamos solos te voy a hablar en serio. Como lo que eres: como un hombre. Y te voy a decir todo lo que tú piensas... ¿Que no? ¡Lo vas a ver!

Lo primero, que lo de tu padre no deja de ser una manía. Y tienes razón. Pero tú deja pasar el chubasco. ¿No te fijas cuando llueve, cuando parece que se va a ahogar la tierra, que al final escampa? Tú no seas tonto. Hazle caso. Retírate un poco. No seas ansioso, Siempre estás pensando en

dar patadas, y el burro es un animal que, aunque pega, aguanta lo que tú no sabes... ¡No! Tú has nacido para ir montado. ¿Lo ves?: te ríes y te pones colorado. Por mí no te sofoques, que eso mismo me lo dijeron a mí cuando era niño.

También yo te doy consejos, porque sé que me escuchas y eres un solete, como te dice tu hermana. Por cierto que es guapísima, y está francamente mal que también ella—el otro día, cuando cogiste el herrinche—te sirviera de balón. Ese día sí que tuvo razón tu padre en hacerte lo que tú sabes... Tú mismo le diste la razón, ¿te acuerdas?... Por eso; porque eres un solete y sabes que tu padre te quiere como nadie... ¡No llores, tonto! ¡Si eso no es malo!...

¡Anda! Vete a jugar al balón. Y dentro de un poco, cuando veas que no puedes más, descansas y te vas a tu casa a estudiar como los hombres. Como lo que tú eres.

¡Que no llores!... ¡Mira que si te viera tu padre...!

Oye, chaval: ¿Te ha gustado la vida de Mesa?...



PRECIO: 2 PTAS.

EDICIONES ESPAÑA. - MADRID